

## Tifus en México, año 1540 y siguientes

El tifus no ha sido una enfermedad que se haya sufrido en América de forma tan severa como en Europa, si exceptuamos México. Como ejemplo podría servir la guerra civil norteamericana que tuvo lugar entre los años 1861-1865, en la cual murieron alrededor de doscientos mil soldados de enfermedades como disentería y diarrea, fiebre tifoidea, malaria, viruela o sarampión. Sin embargo, tan sólo fueron reportadas las muertes por tifus de 850 enfermos en el ejército sudista o confederado, y 108 en el ejército del norte o unionista.

No se sabe a ciencia cierta cuándo se produjo el primer brote tífico en América, aunque está comprobado que la enfermedad ya existía en Mesoamérica antes de la llegada de los españoles, y los indígenas la conocían con el nombre de *matlazahuatl*<sup>1</sup>. Sin embargo, hay que añadir que los síntomas de esta enfermedad han suscitado numerosas dudas, hasta el punto que distintos autores la han relacionado con peste, fiebre tifoidea, fiebre amarilla, hepatitis fulminante o espiroquetosis icterohemorrágica, conocida como enfermedad de Weil.

Incluso se especuló que Cristóbal Colón había sufrido tifus el 24 de septiembre de 1494 durante la travesía de Jamaica a La Isabela (actual ciudad de Santo Domingo), mientras navegaba en el navío *La Niña* por el canal de Mona, que separa la República Dominicana de la isla de Puerto Rico. Sin embargo, los datos aportados son muy ambiguos y no es posible determinar la causa de su dolencia.

Hernando Colón, historiador y cosmógrafo, y segundo hijo de Cristóbal Colón, relataba que *“desde esta isla de Mona en adelante no continuó el Almirante apuntando en su diario la navegación que hacía, ni dice como volvió a la Isabela sino solamente que, habiendo ido desde la isla de Mona a San Juan, por las grandes fatigas pasadas, por su debilidad y por la escasez de alimento, le asaltó una enfermedad muy grave entre fiebre pestilencial y modorra, la cual casi de repente le privó de la vista, de los otros sentidos y del conocimiento. Por esto, la tripulación de los navíos acordó abandonar la empresa que se hacía de descubrir todas las islas de los Caribes, y volverse a La Isabela, donde llegaron a los cinco días que fue a 29 de septiembre de 1494. Allí quiso Dios devolver la salud al Almirante, bien que la enfermedad le duró más de cinco meses. El motivo de ésta se atribuyó a los trabajos pesados en aquel viaje y a la gran debilidad que sentía, pues había pasado alguna vez ocho días sin dormir más que tres horas”*.

Bartolomé de Las Casas, fraile dominico e historiador español, contaba que a Cristóbal Colón *“súbitamente le dio una modorra pestilencial, que totalmente le quitó el uso de los sentidos y todas la fuerza y quedó como muerto y no pensaron que un día durara. Por esta causa los marineros con cuanta diligencia pudieron lo llevaron a La Isabela donde llegó a 29 días de septiembre del mismo año 1494. Llegado a La Isabela, estuvo cinco meses muy malo y al cabo dellos diole Nuestro Señor salud”*.

Se ha reportado en diversas publicaciones que la primera víctima del tifus exantemático en Nueva España (actual México), llamado allí tabardillo o tabardete, fue aparentemente el licenciado Luis Ponce de León, aunque no hay ningún dato fiable que lo pruebe. Según el cronista Bernal Díaz del Castillo, autor de *Historia verdadera de la conquista*

---

<sup>1</sup> La mayoría de las crónicas relatan y describen los efectos de terribles *cocoliztlis*, que significa enfermedad o pestilencia, que cegaron la vida a millones de indígenas; y uno de los *cocoliztlis* más mortíferos entre las patologías coloniales fue el *matlazahuatl*. Esta palabra, de origen nahuatl, expresaba uno de los síntomas más visibles de la enfermedad, que significa red (*matlatl*) y sarna, erupción o granos (*zahuatl*); es decir, erupción como red o en forma de red.

de la Nueva España, Luis Ponce fue enviado por el rey español Carlos I el año 1526, con el cargo de juez de residencia, para investigar a Hernán Cortés. Pero a los pocos días de su llegada, enfermó de gravedad y fue atendido por los “doctores Ojeda, Pedro López y otro que él había traído de Castilla” sin que pudieran curarlo, muriendo en cuatro días. Para Bernal Díaz, las causas de la muerte residían en lo ocurrido durante el viaje: “y también quiero decir que el navío, a más de 100 personas que en él venían les dio modorra y dolencia de que murieron muchos de ellos y aun de los frailes quedaron muy pocos y fue la forma que aquella modorra cundió en México”. Sin embargo, también se reportó que la muerte de Luis Ponce fue debida a una indigestión por una abundante cena que se le sirvió como bienvenida, y aún a un posible envenenamiento.

Bernardino de Sahagún, cronista de Indias, refería que en 1541 sucedió la primera epidemia de tabardillo, tabardete o *matlazahuatl*, en la zona central de Nueva España, en Tlatelolco, que ocasionó más de diez mil víctimas, “una pestilencia grandísima y universal, donde en toda esta Nueva España murió la mayor parte de la gente que en ésta había”. La enfermedad comenzaba por “aparecer con unas pintas como de cardenillo”. Y entre 1543-1548 parece ser que hubo otro brote de grandes proporciones.

Entre 1576-1581 se produjo otra gran epidemia, probablemente de tifus, que se extendió por toda la colonia y se dice que provocó alrededor de dos millones de muertos entre los indígenas, o al menos, decenas de miles, y afectó también a españoles y negros, pero a estos en menor proporción, cosa extraña, pues la enfermedad también era nueva para ellos. El doctor Juan Dávila de la Fuente realizó diversas autopsias de fallecidos por esta enfermedad en el Hospital Real de San José de los Naturales, un antiguo establecimiento franciscano dedicado a la atención a los indígenas, y manifestó que los remedios no sirvieron para nada: “con todo no aprovecharon las diligencias sino que la enfermedad procedía sin respeto de criaturas”.

A finales de 1736 tuvo lugar otro brote de enormes proporciones, llamado “*el gran matlazahuatl*”, coincidiendo con diversas anomalías meteorológicas que influyeron negativamente en los ciclos agrícolas y provocaron una hambruna generalizada entre la población. El brote tífico se inició en un obraje, un depósito de lana de la pequeña villa de Tacuba, a una legua (5,5 km.) de Ciudad de México.

El sacerdote jesuita Francisco Javier Alegre calculaba, en su obra *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España* (1767), que murieron las dos terceras partes de los habitantes de Nueva España. Desde Tacuba, la “peste” se extendió con gran rapidez por todo el valle de México, quedando completamente infectado a finales de año.

Cayetano Cabrera y Quintero, historiador y presbítero del Arzobispado de México, muerto en 1775, sostenía que la enfermedad fue un castigo divino y debía agradecerse la intervención de la Virgen de Guadalupe: “*la mortandad fue tan elevada que a los curas párrocos se les dificultó la tarea de dar cristiana sepultura a tantos difuntos, por lo que les resultó imposible llevar un riguroso registro de los entierros. Mientras atrios, capillas y templos se saturaban, muchos fueron sepultados en pleno campo o abandonados en ríos y acequias*”. Según este autor, se realizaron 40.157 entierros en Ciudad de México y 192.364 en las provincias del Virreinato, aunque es de suponer que la mortandad habría sido mucho más elevada, y en el valle de México fue tan grave que muchos pueblos quedaron eximidos del pago de tributos.

El sacerdote, naturalista e historiador mexicano José Antonio Alzate y Ramírez refirió que esta epidemia fue la peor del siglo XVIII y calculó que había causado la muerte a un tercio de la población de Nueva España, y 60.000 únicamente en Ciudad de México. En realidad, no se sabe el índice de mortalidad que ocasionó esta epidemia, pero

diversos autores creen que pudo afectar a más del 50% de la población. El grupo más castigado fue el indígena, aunque también se contagiaron gran cantidad de españoles y mestizos, y muchos barrios de Ciudad de México perdieron gran parte de sus habitantes, *“y no siendo bastantes los templos para enterrarlos, se bendijeron cinco camposantos por distintos rumbos fuera de la ciudad adonde hechas profundas sepulturas, se conducían en carros”*.

Durante la primera mitad del siglo XX siguieron produciéndose numerosas epidemias de tifus que las convertían en un serio problema de salud pública. Y era tan conocido por los investigadores que fue por esta causa que los trabajos científicos fundamentales sobre esta dolencia se realizaron en este país.

En 1900 se registraron 1.836 casos de tifus en Ciudad de México; en 1902 se produjo un brote epidémico que se recrudeció en 1903 y produjo 10.000 muertos, aunque no se sabe con exactitud el número total de enfermos. En 1914 se internaron únicamente en el Hospital General de Ciudad de México a 600 enfermos y en 1916 se produjo un brote en Guanajuato que afectó a 3.164 personas.

En 1923 se contabilizaron 578 casos; los mismos en 1926, y 750 en 1929. En 1931 se produjo un brote de grandes dimensiones que afectó a unas 160.000 personas y mató a 1.676. En 1933 murieron 1.781 infectados y 1.851 en 1934.

En los primeros años de la década de 1940 se reportaron miles de casos en todo el país: 1.116 en 1940; 753 en 1941; 2.752 en 1942; 2.973 en 1943; 2.079 en 1944; 1.878 en 1945 y 1.928 en 1946. Pero a partir de 1944 se comenzó a usar con éxito el DDT contra los piojos, y en 1963 se detectó el último brote epidémico en México, cuando se registraron 169 infectados y se produjeron 4 muertes. Desde 1997 no se ha reportado ningún caso de tifus epidémico.